



ESCLAVITUD Y LIBERTAD EN EL VALLE DEL RÍO CAUCA

MATEO MINA
(Michael Taussig
y Anna Rubbo)

ESCLAVITUD Y LIBERTAD

en el valle del río Cauca

MATEO MINA
(Michael Taussig, Anna Rubbo)

Taussig, Michael Thomas

Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca / Michael Thomas Taussig,
Anna Dattilo Rubbo. -- Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Derecho,
Centro de Investigaciones Sociojurídicas; Ediciones Uniandes, 2011.

235 pp. ; 11 x 18,5 cm

ISBN 978-958-695-692-5

1. Esclavitud -- Valle del Cauca (Colombia) 2. Clases sociales -- Valle del Cauca
(Colombia) 3. Campesinos -- Valle del Cauca (Colombia) I. Dattilo Rubbo, Anna II.
Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Derecho. CIJUS III. Tít.

CDD. 326.

SBUA

Primera edición: octubre de 2011

© Michael Thomas Taussig y Anna Dattilo Rubbo

© Universidad de los Andes

Facultad de Derecho, Centro de Investigaciones Sociojurídicas (Cijus)

Ediciones Uniandes

Carrera 1 núm. 19-27, edificio AU 6, piso 2

Bogotá D. C., Colombia

Teléfonos: 339 49 49/339 49 99, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-695-692-5

Diseño de cubierta: Alejandro Ospina

Fotografía de cubierta: Michael Thomas Taussig
y Anna Dattilo Rubbo

Corrección de pruebas: Marcela Garzón

Finalización armada: Angélica Ramos

Impresión: Nomos Impresores

Diagonal 18 bis núm. 41-17

Teléfono: 208 65 00

Bogotá D. C., Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

DEDICATORIA

A la memoria de los campesinos que murieron en las sangrientas luchas de clases ocurridas en el valle del río Cauca durante la segunda mitad del siglo XIX.

En aquellos tiempos, los antiguos esclavos del Valle casi conquistaron un Nuevo Mundo para el pequeño agricultor: un mundo sin terratenientes, sin mercados extranjeros, donde los campesinos vivían en fructuosa armonía entre sí y con la naturaleza.



CONTENIDO

PRÓLOGO	6
PRESENTACIÓN	18
1. LOS INDIOS Y LA CONQUISTA ESPAÑOLA	24
2. LA ESCLAVITUD DE LOS AFRICANOS	32
3. FIN DE LA ESCLAVITUD Y ASCENSO DEL CAMPESINO LIBRE	58
4. DE CAMPESINO LIBRE A ESCLAVO ASALARIADO	112
5. LA VIOLENCIA	134
6. LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA	172
7. LA MUJER, DE CAMPESINA A IGUAZO	204
8. RECAPITULACIÓN	220
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	232



PRÓLOGO



Michael Taussig

ESTE LIBRO fue escrito (en el año 1975) por Anna Rubbo y Michel Taussig, dos australianos de 27 y 29 años respectivamente, quienes vivieron quince meses en Puerto Tejada a partir de 1969, seis meses en 1972, y nueve meses entre los años 1975-1976. Las fotos son de ambos. Rubbo es arquitecta y Taussig un médico.

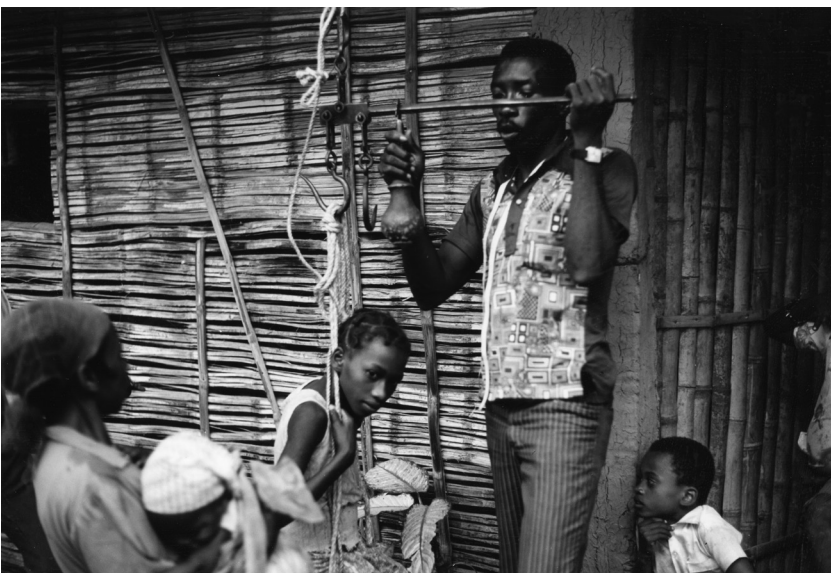
El libro se hizo con la ayuda de mucha gente. No podemos nombrarlos a todos, son demasiados, entre quienes figuran Marlene Jiménez, Guillermo Llanos, Eusebio Cambindo, Tomás Zapata, José Domingo Murillo, Robier Uzuriaga y Aleida González. Robier Uzuriaga nos acompañó en muchas visitas, tanto en las veredas como en los pueblos, y fue un gran amigo del proyecto que pretendía investigar la historia del norte del Cauca después de la abolición de la esclavitud de los africanos.

Esta segunda edición se debe al impulso de Guillermo Ramos y de mi amiga especial Olivia Mostacilla, ambos de Puerto Tejada.



Aleida González.

El interés de esta investigación era conocer el impacto de los ingenios azucareros en una comunidad de campesinos dedicados al cultivo del cacao. El desplazamiento de los campesinos de sus fincas hasta llegar a ser obreros en los ingenios fue la historia que capturó nuestra imaginación, en especial porque éstos han logrado hacer una vida nueva



Robier Uzuriaga.

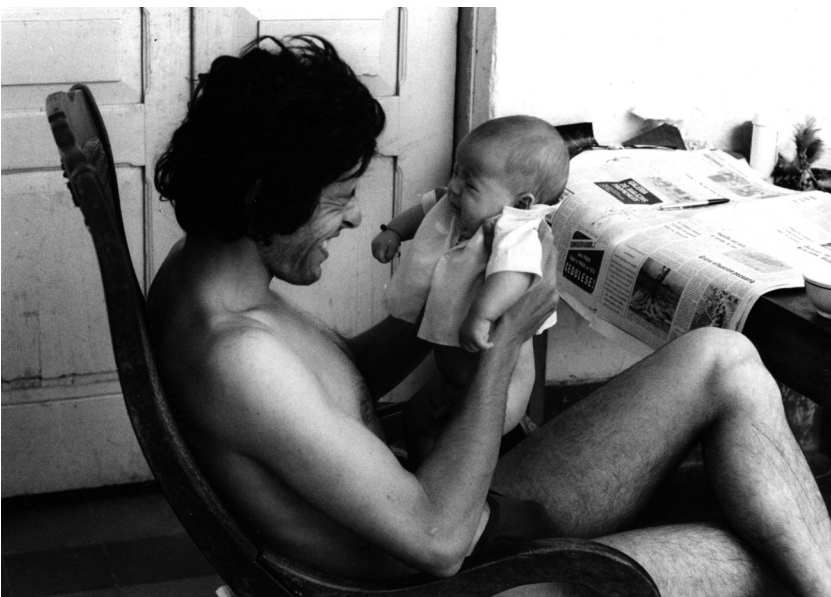
después de la abolición de la esclavitud en 1851; se puede hablar de una comunidad de campesinos libres formando una cultura después de escapar de la esclavitud, por un lado, y con una base de tierra propia, por el otro, hasta la llegada de los ingenios en los años cincuenta del siglo XX.

El libro llenó un vacío en la historia escrita del Cauca y del oriente de Colombia. Fue escrito primero para la gente de Puerto Tejada y los demás pueblos del norte del Cauca. Lo utilizaron mucho en los colegios y las escuelas de la región, a tal punto que el nombre de Mateo Mina tuvo cierta resonancia. Fue publicado por La Rosca bajo la dirección de Orlando Fals Borda, y salió en una edición de bolsillo en el año 1975. Está agotado desde hace más de 25



Anna Rubbo.

años, y hay muchos mitos alrededor de él: algunos en la región dicen que los ingenios o unos viejos terratenientes ricos lo compraron y lo quemaron; otros dicen que fueron arrojados a los hornos de los mismos ingenios. El mito muestra algo de los sentimientos que persisten hasta hoy sobre la invasión de la caña que en la actualidad tiene su segundo aliento



Michael Taussig con su hijo Mateo en Puerto Tejada, 1972.

con el afán de producir biocombustibles, los cuales arrebatan más tierra, quitan comida y contaminan el medioambiente con automóviles e insumos químicos en la tierra del Valle, cada día más cansada.

La propaganda de los ingenios de Asocaña en Cali, desde los años sesenta, ha sido siempre que su monocultivo es más eficiente que las fincas campesinas. Pero eso es muy discutible. Primero, porque los monocultivos traen problemas ecológicos, y segundo, porque de acuerdo con estudios de la antropología económica, es posible mostrar que la eficiencia del campesino es superior a la de las empresas de gran escala.

Como decían en los años sesenta, “lo pequeño es hermoso”. La agricultura de Europa y de los Estados

Unidos no es apta para el trópico. El éxito que han tenido los ingenios se debe a la ayuda estatal con créditos baratos y precios altos del azúcar, tanto como a su fuerza política, que no permitió la consolidación de un verdadero movimiento sindical.

En la Colonia, la Nueva Granada —que fue Colombia bajo el imperio español— tenía como base económica el trabajo de los esclavos de África en las minas de oro. La poscolonia de la caña de azúcar, que incluye hoy en día el biocombustible, también debe su fuerza a los esclavos sin tierra, la mayoría de los cuales son los descendientes de los mismos esclavos de África, sean del norte del Cauca o de la costa Pacífica.

La misión de este libro fue mostrar que sí es posible un mundo alternativo a la explotación del hombre y de la naturaleza. El modelo es precisamente la finca llamada “tradicional”, como demuestra el libro de Mateo Mina.

Al leerlo de nuevo me he tomado la libertad de extraer algunos de los pasajes que ahora me parecen irrelevantes.

Volver a leer este libro treinta y cinco años después de haberlo escrito me llena de sorpresa y, de alguna manera, me estremece. Todo ha cambiado desde entonces, incluso el autor. El Mateo Mina de hoy no es el mismo Mateo Mina de 1975, aunque con seguridad algo de él permanece. El Mateo Mina de hace treinta y cinco años estaba tan comprometido con sus causas, como enardecido por ellas. La guerra de Vietnam estaba en pleno furor. La revolución Cubana tenía apenas diez años, y todavía parecía prometer una infinidad de beneficios. La idea maoísta

de una revolución campesina mundial, en la cual el “Tercer Mundo” iba a rodear al “Primer Mundo” constituía artículo de fe para los estudiantes radicales que vivían en Londres, como Mateo Mina quien estudiaba en el London School of Economics. Eran “revolucionarios de café”, motivados por el deseo de irse de Europa y sumarse a la lucha mundial campesina. ¿Acaso los campesinos de Vietnam no nos estaban demostrando que era posible vencer en el campo de batalla a un país tan poderoso como los Estados Unidos? ¿Y quién no se iba a sentir inspirado en ese momento por el *Black Power* (o *Poder Negro* que hacía parte del movimiento de derechos civiles)? Nuestros corazones latían de rabia por las injusticias del mundo, y a la vez estaban motivados por las extraordinarias señales de resistencia de ese entonces.

Desconocedor de la compleja realidad que se iba a encontrar, Mina llegó a Colombia cargado de esas ideas. Pensó que iba a poder utilizar sus conocimientos médicos para servir a los pobres y, al mismo tiempo, contempló vagamente la idea de unirse a un movimiento radical. Gracias a Orlando Fals Borda y a Andrew Pearse, logró llegar hasta Puerto Tejada en diciembre de 1969. Allí inició una vida nueva que lo influiría profundamente y para siempre. Fue una experiencia demoledora. El haberse separado de manera tan tajante de su clase socioeconómica y de su nicho cultural le generó una sensación de vértigo. De hecho, se transformó en una persona completamente distinta. Aprendió a amar el sitio y todavía lo ama, a pesar de todas las fallas y del dolor que allí se viven. Desde 1969, regresa año tras año a este lugar anidado de manera profunda en su corazón.

Mateo Mina se identificó plenamente con los campesinos y con la clase trabajadora desposeída. Muchos de ellos parecían desconcertados por su presencia y sus objetivos. Eusebio Cambindo, un fabricante de tabacos que vivía del otro lado del pueblo, no se cansaba de explicar a las audiencias escépticas que Mina estaba ahí porque creía en el “bien común”.

Desde el comienzo, Mina decidió recoger la historia del pueblo y fue así como pudo justificar su misión ante la gente. Mientras tanto Anna Rubbo (quien es también Mateo Mina), como buena arquitecta, se dedicó a estudiar los cambios en los diseños de vivienda y construcción. Las construcciones antiguas eran asombrosas: todas en guadua —algunas incluían adobe—, elevadas, amplias y frescas, con una flexibilidad incorporada que permitía agrandar o achicar los espacios a medida que las familias extensas crecían o disminuían. Las nuevas viviendas, en cambio, eran hechas en bloque, con techos bajitos y espacios sofocantes y estrechos.

Los dos jóvenes trabajaron sin cesar como antropólogos e historiadores, tanto en archivos locales como en Popayán, en donde se encuentran gran parte de los documentos pertenecientes a Sergio Arboleda y, por ende, relevantes para la historia de la esclavitud en Colombia. Las relaciones de parentesco fueron surgiendo a partir de conversaciones extensas con la gente. Al consultar a los mayores, los resultados fueron deslumbrantes, como lo ilustra el poema de don Tomás Zapata sobre la Violencia.

El estudio de la economía de las fincas tradicionales campesinas fue parte clave de este trabajo. Implicó

una investigación exhaustiva que abarcó desde el monitoreo laborioso de rendimientos y presupuestos durante todo el año, hasta el registro del peso del follaje caído del cacao, el cachimbo y otros árboles. Así fue como se pudo establecer, en primer lugar, el complemento de los ciclos de las cosechas de café y cacao que proporcionaban ingresos semanales estables; y en segundo lugar, la extraordinaria ecología arbórea de las fincas campesinas, que replicaban la selva húmeda tropical, sin necesidad de utilizar fertilizantes ni riego, y con muy poco control de la maleza, todo esto en evidente contraste con las siembras invasoras de caña de azúcar a campo abierto.

Igualmente importantes fueron las muchas historias familiares y los diagramas de parentesco que revelaron el efecto de los cambios económicos en la estructura doméstica, y el significado de la familia para esta comunidad descendiente de la esclavitud y del África.

Las dificultades con las que Mina tropieza al releer este libro, treinta y cinco años después de haberlo escrito, quedan quizás mejor ilustradas en un cuento. En aquel entonces, un año después de la publicación de este material, un maestro de escuela llamado Norman Estupiñán (nacido en Tumaco) organizó una discusión del libro en una finca en las afueras del pueblo. Después de toda suerte de observaciones amables, su primera y única pregunta fue: “¿Por qué nunca dice nada negativo de nosotros los pobladores de Puerto Tejada? ¡A fin de cuentas, aquí nos hacemos daño los unos a los otros, y nos causamos molestias sin sentido!”.

Norman tenía razón. El libro encubre estos problemas y refleja una visión simplista de la inocencia traicionada por la historia —por la esclavitud africana, la agroindustria y los grandes terratenientes—. Sólo Norman, siendo nativo, podía decirlo entonces. No Mateo Mina. Y sin embargo, pasado el tiempo, todos esos treinta y cinco años permiten afirmarlo. Al fin y al cabo, podríamos pensar que, pasados los años, Mateo Mina es ahora parte del pueblo.

Un énfasis decidido por la narrativa de la Edad de Oro le da coherencia al libro. Cuenta la época heroica de libertad, desde el final de la esclavitud en 1851, hasta el término de la guerra de los Mil Días, cuando los más grandes terratenientes locales regresaron de Bogotá para tomarse las tierras, las mismas donde los esclavos liberados habían establecido sus fincas, aquellas fincas de ecología maravillosa. Sin duda éste es el mensaje principal del libro, y ese largo interludio de cincuenta años, 1851-1901 —que ha de entenderse a la vez como hecho histórico y como alegoría— es la inspiración que le concede la posteridad al futuro.

Mientras que la historia en este libro es sin duda a grandes rasgos fidedigna, es difícil no fruncirse ante algunas de sus formas de expresión, y ante el tono piadoso de predicación que raya en la demagogia. La distinción tajante y maniquea entre ricos y pobres, así como entre blancos y negros, recuerda la obra de Frantz Fanon, médico de Martinica, en escritos como *Los condenados de la Tierra*, carentes de las sutilezas de la realidad. A la luz de hoy, parece también exagerado el énfasis en una visión simplista del capitalismo. De haber utilizado un lenguaje más

cuidadoso, se hubiera podido recalcar lo mismo con mayor fuerza. Ésta es nuestra deuda en honor a la justicia y al sufrimiento, y es nuestro compromiso al edificar un mundo transparente y libre de prejuicios y desigualdades.

Sin embargo, esa forma de expresión —la de la división tajante entre ricos y pobres—, ese lenguaje de lucha de clases y división racial, es como se expresan los pobres, o por lo menos como se expresaban en esa época y en ese lugar.

Este texto fue escrito, ante todo, para una audiencia de campesinos y trabajadores desposeídos, descendientes de los esclavos africanos. Refleja, de manera tanto consciente como inconsciente, el ambiente y los términos utilizados en muchas de las discusiones de las cuales Mina fue partícipe.

Sin duda, esto es lo valioso e incluso lo bello del libro. Se trata de una extraña coincidencia de historias —una coincidencia de historias del mundo— traídas al lenguaje, no importa qué tan austero o simplificado. Dos jóvenes que adquirieron el nombre de Mateo Mina, extranjeros de una tierra muy lejana, Australia, fueron adoptados por sus anfitriones, y queridos por personas también provenientes de una tierra lejana, África, y así comenzó este cuento.



PRESENTACIÓN



Orlando Fals Borda, 1975

LA REBELDÍA no tiene color. En el caso de los antiguos esclavos colombianos, ella ha adquirido tales dimensiones que podría llenar varios tomos de historia nacional. Sus levantamientos, la construcción de palenques cimarrones y el empeño de los africanos desplazados en afirmarse cultural, política y económicamente dondequiera que han llegado, son motivos que bien merecen tratamiento especial. Es lo que hace Mateo Mina en este importante libro sobre el valle del río Cauca.

Según el cronista Lucas Fernández de Piedrahíta, la epopeya cimarrona comienza en 1550 con un negro llamado Bayano que se rebeló en Panamá; pero hay datos de que muchos esclavos que venían en las primeras expediciones de conquistadores lograban huir a los “arcabucos” y establecer palenques en montes lejanos de los pueblos españoles. El más notable jefe cimarrón, Domingo Biohó, fundó el primer palenque colombiano, Matuna, al sur de Cartagena en 1599.

Con él se inicia la tradición de rebeldía formal negra en nuestro país, que aflora cíclicamente en todo el territorio donde se impuso la esclavitud: en la zona de Canal de Dique, Berrugas, San Antero, Mompós, las riberas del bajo Cauca y San Jorge, el Magdalena Medio, los llanos, las montañas de Antioquia, el Chocó, el litoral Pacífico y el Valle del Cauca.

La actividad cimarrona fue intensa en el Valle del Cauca, especialmente a finales del siglo XVII, período cuando se registran las acciones del mulato Pablo en Cali (1772) y del negro Prudencio en el Cerrito (1785). Ambos demostraron ser jefes excepcionales, que promovieron alianzas entre grupos dispersos para actuar conjuntamente contra los explotadores. Especialmente notable fue Prudencio, quien llegó a hacer alianza con los indios de las faldas del Ruiz con el mismo objeto, hecho inusitado por cuanto los españoles habían fomentado incompreensión y hostilidad entre indios y negros, empleando a unos para reprimir a los otros en caso de levantamiento.

De esta tradición de lucha se nutren los grupos que ocuparon el valle del río Palo y la región de Puerto Tejada, que son motivo de cuidadosa atención en el presente libro. La importancia de la contribución de Mateo Mina radica en haber sabido ensamblar, de manera coherente, la evolución económica, política y social de esa región concreta, para producir un estudio que enriquece el análisis de las realidades nacionales.

Con el relato de Mina se llena un gran vacío histórico: el papel desempeñado por libertos y grupos afines, desde mediados del siglo XIX, en la colonización

del país y en la formación de un campesinado libre. Hasta ahora sólo se disponía de datos fragmentarios provenientes de escritores como Luciano Rivera y Garrido sobre las bandas de negros que actuaban en la región entre Cali y Cartago, o sobre la “era del zurriago”, o sobre los estertores de las sociedades democráticas en el Cauca.

Con el trabajo de Mina sobre Puerto Tejada queda muy clara la forma como se articularon esos grupos de campesinos liberados que explotaron el cacao, el plátano, la caña, el arroz y los frutales. Y también la manera como resistieron los embates de familias como los Arboleda de Popayán, que quisieron prolongar, en nuevas formas, la esclavitud de la que habían acumulado tantos excedentes. Aquellos grupos del río Palo iniciaron así una tradición de dignidad humana y trabajo productivo que según Mina sólo vino a destruirse hace poco tiempo con el impacto de la “revolución verde” y del capitalismo agrario en esa región.

Los capítulos relacionados con este destructor impacto sobre las comunidades de Puerto Tejada, Santander de Quilichao, Robles y otros sitios cercanos, merecen un examen cuidadoso. Casi en ninguna otra parte del país se registra el capitalismo rampante, en toda su sevicia, afectando la vida familiar, económica y política del campesinado, y produciendo su descomposición. La situación es patética y reclama una organización fuerte del proletariado agrícola resultante, para hacer frente a los explotadores de la caña que monopolizan y arrebatan las tierras de los pequeños agricultores que aún quedan, con el apoyo de agencias estatales.

El libro de Mina, escrito con sencillez y claridad, quiere estimular la organización popular. En ello cumple una esencial función. Pertenece, por lo mismo, a esa corriente intelectual comprometida con las luchas del pueblo, que escribe con conciencia proletaria y que quiere que lo que descubra se coloque al servicio de los intereses de las clases trabajadoras. Por eso la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social se complace en publicarlo.

Bogotá, marzo de 1975.

